



Thomas Gray

Poeta inglés. Nació en Londres en 1716. Se educó en Eton y en el Peterhouse College, Cambridge. Estudioso, reservado, se hizo en vida de unas cuantas amistades íntimas y duraderas. Propenso a la tristeza, de la que en parte se curaba con el ejercicio y el diálogo jovial. En Cambridge pasó casi toda su vida y enseñó historia Moderna. Hizo estudios serios de letras clásicas y de ciencias naturales. Murió en 1771.

con fuego celestial, quizás las manos
que el cetro del imperio
pudieran empuñar o de la lira
provocaran el éxtasis que inspira.

Pero nunca el saber de los humanos
desplegó ante sus ojos
su amplia página, rica en los despojos
del tiempo; la escasez mató las palmas
de sus nobles anhelos
y tornáronse hielos
las geniales corrientes de sus almas.

Más de una gema, en su caverna oscura,
oculta, bajo el mar, serena y pura,
su casto brillo, para el mundo muerto,
más de una flor en soledad suspira
y exhala, con rubor que nadie admira,
su aroma, entre las brisas del desierto.

Tal vez yace aquí un Hampden aldeano
que se opuso con pecho valeroso
a las fuerzas de un rústico tirano;
un Milton, ignorado y silencioso;
un Cromwell, que su vida
no manchó con la sangre fratricida.

El destino impidió a sus almas buenas
provocar los aplausos de un Senado,
retar las amenazas del tormento
y la ruina, esparcir a manos llenas

sobre un pueblo sonriente y confiado,
el oro y el sustento
y su historia leer en las pupilas
de su propia nación; en su aislamiento,
no sólo su virtud, también su encono
reprimiendo tranquilas,
no buscaron políticas reyertas
cruzando un mar de sangre por un trono,
ni cerraron al prójimo las puertas
de su piedad; jamás, bajo el influjo
de cobardes temores,
ni su fe ni sus dudas ocultaron,
no se apagó el carmín de sus rubores,
ni en el altar de la altivez y el lujo
lírico incienso adulador quemaron.

Lejos del mundo y de la innoble guerra
que sostiene la turba enloquecida,
fueron sobrios y puros sus deseos
y enamorados de la madre tierra,
por el plácido valle de la vida
pasaron sin ruidosos devaneos.

Y aun hay, contra el insulto resguardando
los despojos de algunas sepulturas,
no lejos de este lúgubre retiro,
frágiles monumentos, que mostrando
torpes rimas e informes esculturas,
imploran el tributo de un suspiro.

Allí, supliendo a los gloriosos cantos,
la musa campesina deletrea
solamente sus años y sus nombres
o algún pasaje de los libros santos
que enseña al moralista de la aldea
cómo mueren los hombres.

Pues ¿quién, al margen del eterno olvido,
el dulce don de la existencia deja,
sin volverse a mirar, lánguido y triste,
los días venturosos que ha vivido,
la hermosura del mundo que se aleja
y el misterio de todo lo que existe?

Sobre algún pecho amante se recoje,
temblando, el alma que al partir se agita;
tristes, los ojos que la muerte cierra,
urgen piadoso llanto que los moje;
y dentro de la tumba, entre la tierra,
aún la inmortal Naturaleza grita,
cual si en nuestras cenizas reviviera
el fuego misterioso de su hoguera.

Y tú, que conmovido haces memoria
de los humildes muertos ignorados
y que relatas su sencilla historia
en estas líneas, si el acaso un día
condujese a estos sitios apartados
a un espíritu amigo que viniera
con la contemplación por sólo guía
y tu destino averiguar quisiera,
algún pastor de cabellera cana
quizá respondería:

«Muchas veces le vimos, afanoso,
al despuntar la luz de la mañana,
desgranar con su paso presuroso
las gotas de rocío en la colina
para encontrar al sol—y reclinado